



baban, otros logramos supervivir, pero, ¿cómo?

Terminada la guerra en Europa y pasados los primeros momentos de alegría, comenzaron a presentarse en los hospitales una buena parte de los que volvieron: Dachau, Belzen, Buckenwald... yo ya me encontraba en el hospital de Pourpan de Toulouse, eran los años 1945-46 y allí con la tranquilidad de un hospital sin agobios, sin experimentaciones, sin cámaras de gas y hornos crematorios, empezamos a ver lo que más tarde se describiría con todo detalle: lesiones, mutilaciones, traumas provocados por estados de angustia constante, desnutrición, malos tratos, experiencias huma-

nas..., sin embargo, y a pesar de los años persisten lesiones ya crónicas en los más, de tipo psíquico, lesiones que han sido estudiadas y valoradas estadísticamente. De esta forma se conoce cómo han evolucionado aquellos trastornos iniciales que creíamos habían terminado con aquella pesadilla de horror: «kaupos», S. S., Gestapo, etcétera, etcétera.

El doctor L. Mury, de Marsella, ha logrado reunir un grupo de supervivientes: 250 antiguos deportados, divididos en varios lotes, según edad, sexo, afección, etcétera.

Los síndromes depresivos en general se han encontrado en un 24,4 por 100 de los casos estudiados, repartiéndose de la siguiente forma:

	%
Israelitas	29,4
Republicanos españoles	29,4
Servicio de trabajo obligatorio	28,5
Procedentes del Sudeste francés	28,5
Resistentes sin determinar	24,0
Resistentes extremistas	17,4

Si se incluyen los estados neuróticos graves, no comprendidos en las cifras anteriores, tendremos que se encuentran en los:

	%
Israelitas	47,0
Procedentes del Sudeste francés	28,5
Resistentes sin determinar	29,8
Republicanos españoles	29,0
Servicio de trabajo obligatorio	28,5
Resistentes extremistas	19,0

Las depresiones crónicas se dan en el 36,3 por 100 de las mujeres y en el 27,7 por 100 de los hombres. Están presentes en el 45,7 por ciento de los que tenían veinte años o menos bajo la forma de trastornos graves y en el 19,3 por 100 de los que tenían cuarenta años o más en el momento de la deportación.

En el 83,6 por 100 aparecen rasgos muy acusados de irritabilidad y en el 78,4 por 100 de hiper-emotividad. Toda esta sintomatología persiste en el 67,2 por 100 de los ex deportados a los veintitrés años de su liberación de los campos.

Síndromes psicopatológicos típicos, caracterizados por trastornos de tipo gastrointestinal con manifestaciones espasmódicas (en los que alternan estados de diarrea-estreñimiento), trastornos cardiovasculares, manifestaciones distónicas, lesiones coronarias, hipertensión, angina de pecho, valvulopatías, trastornos del ritmo cardíaco, cefaleas, lipotimias, vértigos, crisis vagales, etcétera, se han observado en el 84 por 100 de los casos estudiados.

Los trastornos sexuales menores aparecen en el 23 por 100 y los graves en el 45,3 por 100; los trastornos psicopatológicos están presentes en el 18 por ciento.

Los trastornos gástricos, tales como úlceras tanto gástricas como de duodeno, gastritis, dispepsias, se observan en el 84 por ciento.

El mayor número de casos procede del campo de Auschwitz, representado por un 48 por 100 de los casos estudiados.

Por experiencia propia, creo que estas cifras sólo representan una pequeña parte de las secuelas, consecuencia directa del «traumatismo concentracionario», ya que la mayoría de los supervivientes arrastran sus dolencias fuera de cualquier control estadístico. Son trastornos producidos por pesadillas de trabajos forzados, angustias de campo de exterminio y miedo al sueño provocado por los trastornos de este tipo; lo sufren el 60,4 por 100 de los antiguos deportados, muchos de los cuales terminaron con el suicidio.

■ F. FERNANDEZ URRACA.

La Capilla siXtina

LOS EMPRESARIOS

Según parece, un grupo de empresarios catalanes ha dirigido un escrito al Gobierno pidiendo mano dura en la represión del movimiento obrero, quejándose por los juicios perdidos en Magistratura del Trabajo y proponiendo una especie de «cartilla de buena conducta» indispensable para dar trabajo a los solicitantes; todo obrero discolito, discrepante, subversivo quedaría de este modo fuera de juego.

No he dado crédito al rumor porque conozco a algunos empresarios catalanes, conozco su europeísmo militante, su civilizada actitud ante los textos de Marcuse, su divertida contemplación de la cultura «progresiva», incluso sus pinitos democráticos a la hora de interpretar todo lo que ocurre en Dahomey o la Antártida. Conozco igualmente su admiración por Lincoln, Kennedy, J.J. S.S., Martin Luther King y Gandhi y su apertura de miras sobre el asunto del new look desde los orígenes Christian Dior a la contemporaneidad de Mary Quant o Paco Rabanne.

Por eso me he resistido a creer el rumor y me he presentado en casa de un ilustre prócer enamorado de las artes y las letras, discretamente socialdemócrata, macrobiótico fanático, embelesado por las experiencias «hippies» de sus hijos mayores, que le salen mucho más baratas que los estudios con pedagogía a la page de sus hijos más pequeños. El señor Florensa es hoy capitán de la nao industrial familiar y su madura juventud es un prodigio de equilibrio psicopatológico garantizado gracias a la constancia del tenis, la sauna, los «week-ends» en Londres, y alguna ambiciosa escapada navideña a los mares del Sur. Florensa tiene el vicio, comprensible, de invitarme siempre a coñac peleón y a tabaco corriente. Lo hace para no escandalizarme (conoce mi puritanismo casi krausista) y yo agradezco hasta cierto punto su finura, pero de vez en cuando a nadie le va mal un traguito de coñac francés y un pitillo turco plateado.

Como tengo mucha confianza con él (le divierte mucho mi sección porque dice que en este país hace falta más sentido del humor), le he expuesto mi cuita sin preámbulos. Se ha concentrado con un gesto que le deben de haber enseñado en algún cursillo de administración de em-

presas (juntar las manos como en rogativa y situarlas a la altura de los ojos muy concentrados en la correcta juntura de los dedos) y me ha confirmado el rumor.

—Me parece que es cierto.

—¿Y tú qué opinas?

—Creo que ya era hora de que los empresarios tomáramos conciencia de clase. Las condiciones objetivas y subjetivas avalan esta toma de posición. Necesitamos una pronta toma del poder, instaurar una dictadura de clase de cara a agudizar las contradicciones internas de la clase antagónica y finalmente liquidarla. Una vez destruida la clase antagónica, llegaríamos a una sociedad igualitaria en la que desaparecería incluso la función del Estado.

—Concrétame eso en un «slogan».

—¡Todo el poder para los empresarios!

Sorprendentemente excitado, Florensa se había puesto en pie sobre su sillón relax diseñado por Joe Colombo y agitaba el puño cerrado. Con los ojos entornados por la pasión y la cara convulsa por el ritmo, se ha puesto a cantar:

A las barricadas, a los parapetos por el triunfo de la explotación. El bien máspreciado es la plus [valía, etcétera, etcétera.

Tras unos minutos de tránsito, Florensa se ha tranquilizado y me ha propuesto un pacto: si uno mis argumentos a los principios de la Revolución Empresarial, garantiza que en España podremos ver Mash y La caída de los dioses antes de cuatro años. No diré que no me haya sentido tentado, débil es la carne, pero he reaccionado a tiempo.

—Me siento solidario del proletariado.

—Pues, que te aproveche. Al fin y al cabo no necesitamos para nada a los intelectuales. Estoy de acuerdo con Castro en que sois unos brujos culturales. Todo hombre debiera hacer su propia literatura y pintar su propia pintura. Mira, como no me fiaba de gente como tú, yo ya empezaba a escribir y a pintar.

Y me ha tendido su libro de poemas: Oda a la escala móvil de salarios congelados, y mostrado su cuadro: Sant Jordi mata al marxista leninista.

SIXTO CAMARA